

**CUENTO N° 295**

**TÍTULO: EL VIENTO Y SU FOLLAJE**

**SEUDÓNIMO: EL TEMPORERO**

**AUTOR: PATRICIO ANDRÉS LOYOLA FLORES**

## **El viento y su follaje**

Seudónimo: El Temporero

Por el valle, su follaje se extiende como una alfombra hasta la falda de los cerros. El viento mueve sus zarcillos y otros permanecen enroscados con firmeza a sus ramas. El sol trasluce sus hojas, iluminando sus enveses y el relieve de cada nervadura, mientras bajo la sombra, otras esperan impaciente que la luz toque el verdor de su piel, para energía de su cuerpo y dulzor de sus frutos.

En medio de la espesura, sus troncos retorcidos, deformados y de apariencia artrítica, muestran la sequedad de su piel suelta, con grietas que se dibujan como surcos sinuosos y profundos cuando se les mira de cerca. Por encima de las hojas, sus sarmientos se elevan al cielo, como dando gracias por el calor que llega a sus racimos, los que cuelgan frescos, maduros y con granos que parecen perlas negras azuladas, sin brillo. Ahí, donde muy temprano, el rocío moja su piel y por la tarde el viento sacude su follaje. Un escenario natural, majestuoso, un paraje que inspira a poetas y enólogos. Un lugar donde a comienzos de otoño, su compromiso con la temporada y con el viento de testigo, es el de llenar con sus frutos las gamelas, que cargan esas manos laboriosas: que a veces se adormecen con el frío y en otras, secan el sudor que empapa. Manos campesinas que, al término de la cosecha, cuidan de la tierra y más tarde de sus brotes.

En lo alto, los cirros traslucen el azul del cielo. Algunos estratos dispersos se marcan como pinceladas amarillas y los más distantes, se tornan de un color rojizo violáceo

para luego caer sobre los cerros, en un tono amarillo en degradé. Sin embargo, al otro extremo del horizonte, un banco de nubes grises comienza a oscurecer lentamente una porción del cielo. A medida que estas avanzan en dirección al valle, una fuerte brisa inquieta sus hojas, frente al riesgo de una lluvia intensa, que, a pocos días de la cosecha, puede hidratar lo más profundo de sus bayas, hasta romper su piel tersa y madura. Pero el viento, el mismo que a veces desata temporales y en otras, es cómplice de aguaceros, disipa con un fuerte soplo aquellos nubarrones y también la amenaza que intimida su compromiso con las gamelas.

De madrugada, un manto frío y espeso de niebla, moja su follaje y enfría la piel de sus frutos. Pero luego al amanecer, el rocío engalana sus hojas con sus gotitas de agua, que con los rayos del sol lucen: brillantes, traslúcidas y perfectamente redondas. Parecen pequeños diamantes que relumbran sobre trozos de terciopelo verde, que se mueven con la brisa, que por ahí pasa sutil. Sin embargo, en su viaje ligero por el valle, hace resbalar una gotita por el haz de una hoja, la que en su caída choca a una y luego a otra gotita, formando un pequeño afluente que escurre a gran velocidad, por el cauce de la nervadura principal. Pero muy pronto desde la orilla de la hoja y convertida en un gran goterón, esta cae sobre una piedra y salpica al suelo. Todo aquello transcurre en un segundo y algo más.

Mientras el sol con su tibieza, evapora lentamente la humedad en algunas porciones aisladas de la tierra, un grupo de temporeras baja por una colina, en dirección al viñedo. Sus risas contagiosas se escuchan a gran distancia, quebrando el silencio

de una mañana fría y algo escarchada. Con sus hombros encogidos caminan a paso raudo. A veces, frotan sus manos, las calientan con su hálito y vuelven a frotarlas.

Una de ellas, la de hablar más fuerte y voz chillona, bromea con las demás e intercambian palabras sin escrúpulos, no obstante: siempre ríen y no se enojan.

Caminan una al lado de la otra y aunque se acompañan, no dejan de mirar con recelo a su alrededor. Es el día de la recolección de los frutos y saben que ella, es quien debe corta el primer racimo. De lo contrario: nadie puede cosechar. Todos los años aparece de forma insólita y luego se pierde misteriosamente en el follaje. Llega con la niebla o con el sol de la mañana. No se sabe de dónde viene y a donde se marcha después que corta el primer fruto. Su origen, su persona y destino de sus pasos, es un enigma que perdura en el tiempo. Quien por fortuna la ha visto llegar, solo habla de sus encantos, sus ojos, su sonrisa. En los días de arduo trabajo, las temporeras sienten su presencia. En ocasiones al caer la noche, dicen que la han visto en medio del ramaje, con los brazos extendidos contemplando la luna en su cuarto menguante.

Cerca de las vides, una de las temporeras se queda atrás, mientras las otras avanzan con cautela, pero a poco andar, también se detienen. Solo, la más audaz, entra sin vacilación al viñedo y comienza a recorrer las primeras hileras, por un sendero estrecho y pedregoso. A veces, los desniveles la hacen trastabillar y perder el equilibrio, pero aquello no le es un obstáculo y sigue adelante mirando a uno y otro lado. A momentos la busca con sigilo a través de las hojas, con la esperanza de

vivir la emoción de conocer su rostro, su voz o simplemente ver su imagen a la distancia. Hallarla, es un privilegio que han tenido solo las trabajadoras más osadas, las que en su propósito han logrado vencer el miedo y se han atrevido a salir en su búsqueda.

De repente, un ruido detiene bruscamente sus pasos. Siente ganas de llamar a las demás, pero desiste pensando que puede ser el viento o el brinco de algún conejo. Sin embargo la duda la inquieta y expectante mira a su alrededor. Ahí en medio del ramaje, el leve mover de las hojas le confirman que la única presencia en el lugar, es el de la suave brisa. Luego retoma sus pasos y nuevamente pierde el equilibrio tras pisar una piedra, pero continúa buscando a pesar de la incertidumbre y el camino azaroso.

Del otro lado, de repente la sacudida de unas ramas la desconcierta, pero gracias al ímpetu que le proporciona la adrenalina, corre hacia el lugar y al dar la vuelta por una de las hileras, la impresión de verla frente a sus ojos; la paraliza...no sabe qué hacer. Su respiración se acelera y siente como los latidos de su corazón, golpean con fuerza su pecho. Lentamente levanta sus brazos y con sus manos, como en un acto de rogativa, las lleva a su cara y se queda observándola.

Frente a las vides, ella luce un vestido largo de color verde musgo, con blondas que se confunden con las hojas. Su aspecto es el de una gitana con aretes circulares de color plata. Sus ojos son grandes, alargados y en sus labios se dibuja una hermosa

sonrisa. El cabello rizado que cae sobre sus hombros, el viento los mueve igual que a los zarcillos. De pronto, extiende su mano por encima del ramaje y con suavidad acaricia una y otra hoja de un sarmiento. Luego con la yema de su dedo, contornea con delicadeza los granos maduros de un racimo, como anunciando un presagio de despedida.

En un costado del sendero, ella sigue paralizada contemplando cada uno de sus gestos admirables y misteriosos. Siente que es como vivir una leyenda, un sueño, una fantasía...un hecho que va más allá de su entendimiento. Con la mirada y sus sentidos cautivos, de repente logra escuchar a la distancia, las voces y algunas risas débiles de las temporeras, conformándose allí, un suceso que la hace vivir al mismo tiempo, una experiencia: entre lo arcano y lo conocido, entre lo mágico y lo real.

Con la misma delicadeza que contornea los granos, ella coge el racimo y al momento de cortar su raspón con la uña de su dedo, una fuerte ventolera sacude su vestido y las hojas de las vides. Luego acerca el fruto a su pecho y girando lentamente su cabeza la mira directo al rostro. Ella, perpleja abandona su postura de rogativa y con las palmas de su mano, esta vez cubre su boca y nariz, entretanto un frío lleno de hormigas recorre su piel. Observa que a través del cabello que el viento mueve en su cara, sus pupilas se ven como dos uvas negras azuladas, que de pronto comienzan a dilatarse, al punto de crear en sus ojos: una mirada profunda y penetrante que cautiva sus sentidos y que la obliga a mover solo su diafragma para respirar. Ella, junto a las vides y al momento que voltea su cabeza hacia el fruto

que mantiene en su pecho, el viento sosiega su ímpetu y reaparece nuevamente ahí:  
la suave brisa.

Con el viento en calma, ella deposita con suavidad el racimo en el suelo y con una  
sonrisa en sus labios en complicidad con sus alargados ojos, se pierde en el follaje  
que se extiende como una alfombra hasta la falda de los cerros: un lugar donde las  
gotitas de rocío resbalan por su piel y los rayos del sol, hacen florecer sus encantos.

Cuentan que la temporera a quien ella miró al rostro, suele llegar antes del amanecer  
a su trabajo y a veces, al caer la tarde, recorre con sigilo los senderos pedregosos  
del viñedo, luciendo dos grandes aretes y un vestido largo con blondas. Sus amigas  
no le hacen bromas. Dicen que ella, solo sonríe.

////////////////////